

**EL DON POR EXCELENCIA DEL ESPÍRITU SANTO:
NUESTRA IDENTIFICACIÓN CON CRISTO
(Una meditación sobre Jn 14,15-26)**

Sólo como don del Espíritu Santo, es posible plantearse, tanto la Vida Teologal cuanto nuestra Identificación con Cristo, que es, sin duda, la gracia por excelencia, el resumen de todas las gracias que el Espíritu Santo obra en nosotros, y que cada Pentecostés hacemos nuestras, actualizando nuestro Bautismo (y Confirmación), a través de la liturgia de la Iglesia, debidamente participada.

Para nuestra meditación, hacemos uso del texto del evangelio de Juan, 14,15-26, que iremos desglosando en sus contenidos principales.

1º Jesús promete el don del Espíritu Santo

“Yo le pediré al Padre que os dé otro Abogado” Jn,14,16).

Lo primero a destacar es que dicho Abogado, se recibe en el seguimiento de Jesús: en el v. 15, dice expresamente Jesús, poniendo las bases y condición para este don singular; *Si me amáis...*”; se trata del amor del discípulo al Maestro. Amor que se expresa en el seguimiento atento, minucioso de su enseñanza y testimonio. Amor que se trata, también, de aquella intimidad gozosa en la que el Maestro se convierte en el Amigo de todos los descansos más sabrosos.

Sólo en esa intimidad cotidiana, que el evangelio leído y meditado bajo la luz del Espíritu nos facilita, podemos alcanzar aquella identificación, a la que ningún cristiano puede renunciar, sin perjudicar seriamente su vocación, y que se manifiesta, de manera muy concreta en **vivir como Jesús vivió**: pobre, manso y humilde de corazón, sin tener donde reclinar la cabeza que, finalmente, reclinaría sobre la cruz de la total fidelidad a sí mismo y a la misión encomendada.

Pero en consecuencia, teniendo como maestro y modelo único a Jesús de Nazaret, es preciso **vivir para lo que Él vivió**: para el reino de Dios en este mundo. Para que Dios sea conocido como Padre de infinita misericordia, y toda la humanidad alcance la fraternidad más completa y eficaz; la que construye entre nosotros los cielos nuevos y la tierra nueva habitados por la justicia.

¿Difícil empresa ésta de vivir **como** Jesús vivió y **para** lo que Jesús vivió? Más que difícil, ¡imposible! Sólo nos es dada, puro don, **viviendo desde donde Jesús vivió**: desde el abandono confiado en los brazos del Padre; desde la experiencia de un amor más grande que todos los fracasos y la muerte misma; desde la conciencia de que sólo el amor salva, y de que los pobres son los preferidos de Dios y los encargados de llevar a cabo su obra en el mundo. Lo que no hagan los pobres, quedará sin hacer. Los pobres son, según las bienaventuranzas evangélicas, la luz del mundo y la sal de la tierra.

Para entender mejor cual es la singularidad de dicho don, en cuanto que **concedido de manera especial a sus discípulos**, añade en el v. 17: *El mundo no puede recibirlo*. Se distingue, pues, entre el *don del Espíritu sobre toda carne*, y el don del mismo Espíritu sobre los seguidores de Jesús. Es una gracia distinta, con contenidos y características especiales, la que trae Pentecostés para los fieles seguidores de Jesús y el resto de la humanidad, que también a su manera se beneficia de esta efusión pascual.

El mundo, entendido como amado de Dios (*¡Tanto amó Dios al mundo que le envió su Hijo único...!* Jn 3,16), no puede dejar de recibir las semillas de la vida nueva del Resucitado. Pero hay un mundo, entendido como negación de Dios, como idolatría del poder, de la ambición, de la violencia..., que no puede recibir el don del Espíritu,

porque lo rechaza en su misma actitud de seguridad o de miedo. Un mundo que no tiene por qué pensarse fuera de las iglesias que se llaman cristianas, y que también, no pocas veces, se dejan dominar por actitudes institucionales de miedo y búsqueda de seguridades temporales. Serán siempre, en la experiencia humana, estas dos actitudes del corazón (la búsqueda de seguridades temporales y/o el miedo a los riesgos que conlleva la libertad), lo que nos recubrirá con una capa de impermeabilidad a los dones de lo alto. El Espíritu Santo sólo tiene las manos libres ante los corazones y las instituciones que tienen hambre y sed de justicia, es decir, que buscan la voluntad de Dios por encima y aun a costa de sus ventajas o intereses temporales.

2º **Este don es el fruto de la Oración de Cristo al Padre**

“Yo le rogaré al Padre que os mande otro que os ayude y os anime, para que esté siempre con vosotros” (16).

Jesús nos asegura que este don es el fruto de la oración/consagración de Cristo al Padre: *Yo le pediré al Padre...*” (cf Jn 17,1-26). El Padre que no puede dejar de escuchar al Hijo, derrama sobre el objeto de sus peticiones aquello que realmente resulta necesario para vivir en el seguimiento de Jesús. En toda consagración al Padre, en toda adoración en espíritu y en verdad, hay efusión del Espíritu Santo. Cada vez que uno de nosotros nos ponemos incondicionalmente en manos del Padre, llueven las gracias necesarias sobre los hombres.

Este don -dice Jesús- tiene el carácter de Abogado (*paráclito*, defensor) permanente en la vida del cristiano (...*otro Abogado que esté siempre con vosotros*; 16). ¿De qué nos defiende, pues, fiel a su propia función, este don del Padre?

Nos defiende de todo aquello que nos dificulta el auténtico seguimiento de Jesús, la experiencia del amor del Padre en nuestras vidas y en nuestro mundo; y que suele concretarse en nuestras mentiras existenciales y espirituales. Es decir, las falsas concepciones de la vida, que intentan reducir nuestra realidad humana a la ambición, la competitividad, el sentido hedonista considerado como fin de la propia existencia.

Nos defiende, también del voluntarismo en la vida espiritual, como si la santidad que Dios quiere compartir con nosotros, pudiera ser resultado de nuestro propio esfuerzo y programación.

Pero conviene destacar que hay algo eminentemente nocivo para nuestra libertad y felicidad verdaderas, y que es el miedo, todo miedo, sobre todo el de la condenación eterna. El Abogado defensor que el Padre nos envía por el ruego del Hijo, nos da la fuerza suficiente para que ningún tipo de miedo pueda matar nuestra confianza en Dios y permitirnos así vivir en paz y armonía con la entera realidad. El seguidor de Jesús de Nazaret, no será un hombre o una mujer libre, mientras mantenga un ápice de miedo en su conciencia peregrina. Pero el Espíritu nos asegura con su propio don, que la salvación que viene de Dios, ya es nuestra, y nadie nos la puede quitar si nosotros expresamente no la rechazamos.

Sólo el que vive en esta vida como salvado ya para la eternidad puede ser testigo de Dios Amor en este mundo. El miedo a la condenación eterna supone el pecado contra el Espíritu Santo, del que dice Jesús que nos hacemos reos de condenación. Es la condena de no saber disfrutar de esa salvación/liberación que el don del Espíritu garantiza en nuestros corazones. El que se acepta por la fe en el Hijo único del Padre salvado ya en el tiempo y para la eternidad, pasa por este mundo disfrutando mucho de todo lo bueno que hay en él, y ayudando a otros a que disfruten.

3º Esta presencia/permanencia del Espíritu en nuestras vidas equivale, en el lenguaje teológico tradicional, a la *inhabitación*.

*Dios, por medio de su gracia (presencia del Espíritu), está en el alma del justo, en forma más íntima e inefable, como en su templo; y de ello se sigue aquel mutuo amor, por el que el alma está en Dios más de lo que puede suceder entre los amigos más queridos, y goza de Él con la más regalada dulzura. Esta admirable unión, que propiamente se llama **inhabitación**, sólo en la condición o estado, mas no en la esencia, se diferencia de la que constituye la felicidad en el cielo.*

(León XIII, *Divinum Illud*)

Teniendo en cuenta la anterior definición del papa León XIII, vamos a intentar precisar en sus rasgos principales y en su dimensión práctica en qué consiste, propiamente, la **inhabitación**.

Se trata, de la presencia en nuestros corazones de la Comunión Trinitaria: Dios traído por el Espíritu Santo a nuestra profundidad existencial, para facilitarnos la más estrecha y amorosa unión posible con el Eterno Viviente.

En dicha unión de mi ser con el Dios Trino y Uno, recibo el núcleo abierto, como fuente constante, de las virtudes teologales. La Fe, como luz interior para un conocimiento intuitivo/amoroso de Dios en relación con la propia vida. La Esperanza, mirada escatológica que te permite vivir todo presente en el *hoy eterno de Dios*, La Caridad, no poder amar ya nada, sin amar a Dios en todo, No poder ya amar a Dios si no es amando mucho a sus criaturas. Amor de gratuidad: amor que es la riqueza máxima del que así ama.

Esta **Inhabitación** conlleva la invitación interior al diálogo amoroso con Dios, al dulce coloquio de Amante y Amado, que habrá de ser el aliento inspirador para la actividad **misionera y profética** del seguidor de Jesús, así como la dinámica constante para la renovación/actualización de la vida cristiana de acuerdo con las necesidades del momento actual.

La **inhabitación**, ese tener a Dios en mi centro y mi centro en Dios, cuando no es tenida suficientemente en cuenta o debidamente valorada, cuando de forma más o menos consciente no hacemos referencia a ella, para encontrar en ella *parada y fonda* en el camino de nuestras búsquedas y luchas, tanto personales como comunitarias, perdemos la energía de la fe y hacemos imposible el testimonio evangélico en el mundo. ¿No será el olvido del Dios que me habita lo que, con demasiada frecuencia, nos lleva a situaciones inhumanas, que en nada benefician el crecimiento personal y el bien común? ¡Vale la pena considerarlo!

4º Al decir que se trata el Espíritu de la Verdad (17a), Jesús está afirmando a una los siguientes contenidos principales:

* Su presencia es garantía en cada creyente y en el cuerpo eclesial del verdadero conocimiento de Dios (*sensus fidei*, contemplación infusa y *gratia verbi*). Por ser el Espíritu de la Verdad no nos puede engañar, y menos en cuanto se refiere al conocimiento del mismo Dios y a la palabra justa en nuestros labios para dar testimonio de Él. Todo bautizado tiene en sí la gracia suficiente para saber quién es Dios para él,

quien es él para Dios, y qué le pide para afianzar ese encuentro con futuro de eternidad que ya saboreamos hoy en nuestros corazones.

* Su presencia es por sí misma fuente abierta de sabiduría y de libertad en el corazón de cada creyente. Este Espíritu de la Verdad plena, favorece en mí la sinceridad de ser yo mismo, puesto que así me quiere Dios, en total aceptación de mi realidad humana, que Él trabaja conmigo para que me realice de acuerdo con el que Dios sabe que soy, en toda la grandeza, hermosura y fecundidad de su imagen en mí. El Espíritu Santo me habita, precisamente, para que esa imagen y semejanza divinas, alcancen en mí su máximo esplendor y belleza.

* Pero la verdad de ser yo mismo, fiel a mi propia humanidad, lleva consigo el fruto maduro de la libertad, entendida como pronta disponibilidad de mi conciencia para buscar el Absoluto de mi vida, y para poder llevar a cabo la propia misión, la que a mí se me ha encomendado y sólo yo puedo realizar. La verdad que nos hace libres en el Espíritu, se manifiesta como libertad de toda atadura para acometer los objetivos irrenunciables de nuestro ser persona y creyente en el Dios de Jesús.

* La Verdad de que el Espíritu Santo es garantía en nosotros del conocimiento amoroso y vivificador de Dios, se fundamenta en que es Verdad de amor. Verdad que no se puede separar del amor sin que se convierta al instante en una ideología desprovista de todo poder de transformación para el creyente. Conocer la Verdad de Dios es vivir en y del Amor a Dios y a los hermanos, sin poder separar el uno del otro. La Verdad de Dios es compartir con los demás el Amor con que soy amado. Teresa de Lisieux gritará, llena de inmensa alegría: *¡Oh Jesús, Amor mío!... Por fin he hallado mi vocación: ¡En el corazón de la Iglesia mi vocación es el AMOR!* (OBRAS COMPLETAS, Monte Carmelo, Burgos 1980, p.230).

5º El don del Espíritu Santo nos introduce en la vida de la Resurrección

“De la Vida que yo tengo viviréis también vosotros” (19)

Viviremos de su Resurrección. ¿Qué significa haber resucitado ya con Cristo? Dentro de la gran riqueza de significados que posee para nosotros, haber resucitado ya con Cristo expresa la alegría de la Fe de que nada ni nadie nos puede separar del Amor de Dios manifestado en Cristo (Rm 8,31- 39). Es llevar en el propio corazón ese Amor más fuerte que la muerte, que nos hace exclamar, desde la más arraigada certidumbre. *¡Todo lo puedo en Aquel que me conforta!* Es no temer las cruces del amor de cada día. Es saber morir cada día con el gozo de quien ha descubierto algo a que entregarse más grande que sí mismo y que todos los valores restantes que la vida nos ofrece (cf Jn 12,23-26; Mt 13,44-46).

Si vivimos de la vida del Resucitado, viviremos de su amor al Padre y del Amor del Padre al Hijo (21). Viviremos de la Comunión Trinitaria, amor que construye la fraternidad en el mundo (20; cf Mt 23,8-12). Viviremos de Él, en suma, porque lo reconoceremos como la Palabra que da Vida al Mundo, encarnada en nuestra existencia concreta y real de criaturas en camino hacia su plenitud (cf Jn 1,12-18).

Sería trágico olvidar, para un cristiano, que el haber resucitado con Cristo, es para él un arranque de extraordinaria fuerza para amar la vida, defenderla, cuidarla, embellecerla. El que ha resucitado con Cristo ama la vida con tremenda gana. Gana de ser mejor, más auténtico, más fiel a sí mismo y a la misión encomendada. Gana apasionada de contribuir a la felicidad del mayor número posible de sus congéneres.

El que ha resucitado con Cristo es un sembrador de esperanza en todas las situaciones humanas donde la vida se encuentra maltratada, ofendida, incluso negada. Y

lo es, porque su experiencia de fe, su identificación con Cristo Resucitado, le hace saber con sabiduría incuestionable, que en el corazón de todas las muertes está sembrada la Vida Inmortal. Cree en la vida, y no en la muerte. Se entrega a la vida y no tiene miedo a la muerte, a ningún tipo de muerte,

6° La enseñanza que el Espíritu Santo nos proporciona

“Él os lo enseñará todo, y os irá recordando todo lo que yo os he dicho” (26).

El Padre no puede negar nada a quienes han aceptado, como sentido de sus vidas, como su opción fundamental, la misión misma de Jesús: “... *el Paráclito, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi Nombre, os lo enseñará todo...*” (25). Sabido es que el *nombre* designa en el lenguaje bíblico el *misterio* y la *misión* de la persona que lo encarna. De modo que, el Espíritu que viene en el nombre de Jesús, viene a confirmar en los corazones creyentes los grandes e inamovibles valores del Reino de Dios, que es, en definitiva, todo el misterio y toda la misión del propio Jesús.

La enseñanza que el Espíritu Santo nos proporciona, consiste básicamente en el desentrañamiento de la Palabra Revelada en su relación con nuestra existencia humana. Viene para enseñarnos a ser hombres y mujeres fieles a sí mismos y con conciencia de misión en la vida. Estos dos valores nos identifican con el testimonio de Jesús, que llegó a la Resurrección precisamente por haber llegado a la muerte en fidelidad a sí mismo y a la misión encomendada por el Padre. Quienes se dejan iluminar por esta enseñanza, que junto con la revelación de Dios como Padre de Misericordia infinita, son los dos contenidos fundamentales de todo lo que Jesús nos ha enseñado, vive su identificación con Cristo, y la fuerza y la gloria de la Resurrección le acompañan y se manifiestan a través de sus vidas.

La Palabra revelada que el Espíritu pone de manifiesto en nuestros corazones, es la misma Palabra Creadora por medio de la cual todo fue hecho; es la misma Palabra Encarnada, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo; y es la Palabra Pascual (Soteriológica) que nos da una nueva Vida, ya en este mundo y para la eternidad, en comunión con la Vida del Resucitado.

Esta Palabra *-dice Jesús-* “...*os lo recordará todo*”: Recordar, en el cuarto evangelio, no equivale a la simple memoria de los hechos pasados, sino que está ligado a una comprensión superior. Y así, el Espíritu de la Verdad, nos permite comprender o conocer mejor, mediante un conocimiento actualizado, como respuesta a las grandes inquietudes humanas, los hechos y dichos de Jesús (“*todo lo que yo os he enseñado*”). Así es como, por medio del don del Espíritu, podemos consultar dentro de nosotros mismos aquello que es más importante para nuestras vidas, aquello nos identifica más y mejor con Cristo, y nos hace entrar con Él en su Misterio y Misión de salvación universal.

En suma: El Espíritu no nos puede enseñar nada distinto ni superior a la Vida y Misterio de Jesús de Nazaret (*En Él os lo tengo dicho todo y revelado*. S. Juan de la Cruz). Pero dicha enseñanza no se parece en nada a una doctrina filosófica, asimilable por el pensamiento sistemáticamente estructurado y formulada en conceptos de valor cultural. Es una enseñanza que tampoco se confunde con la imitación del modelo presentado. ¿Entonces? Se trata de una comunicación amorosa y constante que el creyente escucha y responde desde su interior. Y es esa comunicación la que nos va identificando más y más con Cristo, haciendo de cada uno de nosotros otro Cristo, otro enviado del Padre, otro resucitado de entre los muertos. El creyente, inhabitado por la Gracia del Espíritu, aún cuando viva entre los muertos, es ya un resucitado, su

existencia no pertenece a la muerte. No pertenece a los egoísmos que producen discordias y daños a la vida; no pertenece a los miedos que impiden dar lo mejor de sí mismo para el triunfo del amor; no pertenece al orgullo que se supone autosuficiente para alcanzar las verdaderas metas de una humanidad en constante ascensión. Pertenece, sí, a la Iglesia, comunidad espacio-temporal de los resucitados con Cristo, en comunión con la Iglesia Eterna desde donde Cristo Resucitado sigue enviándonos, desde el Padre, el Espíritu de la verdad plena.

La Vida Teologal (Fe, Esperanza y Caridad), como acción directa del Espíritu Santo en nuestras vidas nos permite o facilita vivir en la verdad y en la libertad del propio Jesús, pues no hay identificación con Cristo, en tanto no somos libres para el amor, en tanto el amor no es sentido único y destino gozoso de nuestra existencia humana, en tanto que el conocimiento amoroso del Dios Viviente no es la energía superior que mueve nuestro ser y nuestro hacer en el mundo.

Conclusión

A modo de resumen, valga esta última reflexión.

Cuando en nuestra sociedad tradicionalmente católica se habla del Espíritu Santo, es frecuente identificarlo con valores piadosos de la vida privada, tales como la oración, la liturgia, las prácticas ascéticas, el discernimiento e incluso la conversión. Y, si bien todas estas gracias son deudoras de la acción del Espíritu en las Iglesias y en las almas, corremos el peligro de perder de vista que todos estos valores tienen como objetivos irrenunciables el testimonio personal y la misión evangelizadora desde la comunidad. Lo que autentifica el que hayamos recibido el don del Espíritu, es nuestro modo de ser “distintos” en un mundo de “iguales”. No podemos asumir sin más, sin ningún tipo de análisis ni rechazo formal, aquellas maneras de vida que, aun siendo comúnmente aceptadas, están en oposición con los valores y objetivos del Reino.

Me refiero, claro está, a las falsas concepciones de la vida basadas en el poder del dinero, en la ley del más fuerte, y en la competitividad como norma del triunfo o, simplemente, de salir adelante. Quienes no se han dado cuenta de que esas falsas concepciones de la vida desvirtúan la levadura evangélica, caen víctimas de un cristianismo descafeinado, que ni a ellos da vida ni a través de ellos a los demás.

Toda la irrelevancia que actualmente tienen nuestras iglesias cristianas en Occidente, especialmente entre las generaciones jóvenes y los mundos de la cultura y el arte, a mi modo de ver se debe, principal, no exclusivamente, a que no se ha utilizado la luz del Santo Espíritu para evaluar y discernir el por qué de esas situaciones, y el qué de nuestra presencia y lenguaje hoy entre los hombres y mujeres del momento histórico. O, dicho de otra manera: no hemos sabido ser la levadura de una masa hambrienta de los valores y significados del Evangelio de Jesús.

A tiempo estamos. Cada Pentecostés nos lo recuerda. Nos lo actualiza. La fe en el Espíritu que recibimos, que nos identifica con Cristo y nos envía a anunciar el Reino, se debe traducir en actitudes tales como estas:

- gratitud ante don tan excelso y siempre renovado
- reconocimiento de nuestras propias debilidades y faltas
- conciencia de nuestra grave responsabilidad
- aceptación de los desafíos que nos lanza el mundo, a través de la ciencia, la cultura, la democracia, la nueva sensibilidad ética y social, sin ver en ellos una amenaza enemiga
- disponibilidad a aprender de todo y de todos

- compromiso serio, claro, operativo, con los Derechos Humanos y toda defensa de la sagrada dignidad humana
- testimonio de alegría interior y entrega generosa a conseguir cotas de mayor felicidad para nuestros hermanos y hermanas en general.

Así, sí; así la dimensión misionera y testimonial de cada Pentecostés, será mucho más que *una borrachera y un gran ruido*, para ser **viento** que arrastra y **fuego** que purifica. Una Iglesia que cree en Pentecostés no tiene en sí todas las seguridades y busca ser más fiel a la misión encomendada.

¿No debe también la Iglesia, en sus medios e institución, vivir una progresiva y más clara identificación con Cristo, su Señor?